

LOS CAMINOS DE LA GUERRA DURANTE EL SIGLO XIX*

Miguel Borja**

RESUMEN

Utilizando como fuentes las memorias de los viajeros y documentos de la época, el artículo presenta los principales caminos de la guerra durante el siglo XIX. Hace énfasis en su papel como teatro de los enfrenamientos armados y fuente de recursos económicos y sociales. En una sociedad agraria como la del siglo XIX, los caminos demarcaban franjas territoriales de la mayor importancia geoestratégica para las luchas armadas. En sus cercanías estaban situadas las fuentes del poder económico y político y los espacios de la guerra. En una época donde la guerra era ante todo una guerra de posiciones, los caminos demarcaban no sólo las estructuras económicas, sino también las geografías de la guerra. En el escrito se presta especial atención a las vías que atravesaban la región del Valle y Cañón del Cauca, delimitada por el altiplano de Popayán y el batolito antioqueño. Dicha región se fue conformando como una estructura espacial contenedora de los procesos bélicos: allí no sólo se encontraba una de las economías más dinámicas de la nación sino también un espacio geohistórico de la guerra atravesado por un conjunto de caminos que posibilitaba el desplazamiento de los actores armados por los puntos cardinales de la República.

Palabras clave: conflicto, geografía, Colombia, siglo XIX.

WAR ROADS DURING THE XIXth CENTURY

SUMMARY

Using travelers' diaries and documents from the period as sources, the article presents the main war roads during the XIXth century. It emphasizes in their role as battle theaters and sources of economic and social capital. In an agrarian society as that of the XIXth century, roads represented territorial stripes of geostrategic importance for battles. Political power sources and war spaces were located near such roads. In a time when war was mainly a war of positions, roads bordered not only economic structures, but also the geography of war. Special attention is given to the roads crossing the region of Valle and Cañón del Cauca delimited by Popayán's high prairies and Batolito Antioqueño. The aforementioned region became a space containing warlike processes: Not only one of the most progressive economies of the nation was located there but also a war geohistoric space crisscrossed by a set of roads that facilitated the movement of armed actors through all of the national territory.

Keywords: Conflict, geography, Colombia, XIXth century.

*Este artículo forma parte de la tesis doctoral: *Los orígenes sociales y políticos de los espacios geohistóricos de la Guerra Federal en Colombia: el caso del valle y el cañón del Cauca*; presentada en el Departamento de Historia de la Universidad Nacional en el año 2008.

** Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, investigador del IEPRI y profesor de la Escuela Superior de Administración Pública.

INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX la guerra necesariamente había de discurrir por los caminos donde corría la sociedad y la economía, los cuales tenían un punto de encuentro en la región del valle y el cañón del Cauca que fue el principal teatro de los conflictos armados. La cartografía de la guerra muestra que quizás ningún territorio como la región nombrada poseía caminos y corredores de movilidad que aseguraban la comunicación entre sus diferentes poblaciones y entre los actores de los conflictos armados. Los llamados caminos del sur eran la puerta de entrada a las diferentes regiones del país. Servían de corredores por donde transitaban las tropas de los diferentes bandos a lo largo de los cuatro puntos cardinales.

El mapa 1 muestra los principales caminos existentes en la época en la región del valle y el cañón del Cauca. En la República del siglo XIX los principales caminos eran los que aseguraban las conexiones entre el Magdalena y el Cauca, como el de Nare-Rionegro-Medellín-Santa Fe de Antioquia, Mariquita Sonsón, Mariquita-Herveo-Supía, el camino del Quindío, el camino de Guanacas, Bogotá-Manizales, Manizales-Medellín, Manizales-Pasto, Cali-Buenaventura, Cuencas-Atrato-San Juan, Magdalena-altiplanicie oriental (camino de Honda a Bogotá) y los de la altiplanicie oriental- llanos orientales.

La forma usual era el transporte con animales, los cuales debían recorrer caminos y trayectos generalmente con innumerables dificultades, como se puede inferir en diversos testimonios dejados por los combatientes. Así, en una comunicación de Eliseo Payán fechada en diciembre de 1863, se muestran las dificultades de orden topográfico y climatológico que se debían enfrentar para atender los conflictos armados. En el documento se trasluce que las condiciones geográficas colocaban enormes dificultades al movimiento no sólo de los ejércitos, sino también de los recursos necesarios para la guerra. Hacia finales de 1863, se debieron movilizar tropas y pertrechos hacia el suroccidente desde el Tolima, con el fin de controlar los movimientos de fuerzas ecuatorianas sobre el territorio colombiano. En ese momento se consideró urgente que se remitiera hacia el suroccidente del país el armamento que se encontraba en Ambalema y otros recursos con los que habría de contribuir el Tolima para rechazar la invasión ecuatoriana¹. El encargado de la operación narra las vicisitudes de orden geográfico y de otro tipo que se presentaban para cumplir con dicha tarea debido a la geografía fragmentada del país, las dificultades para trasladar los diferentes insumos que la guerra requería eran innumerables. Casi siempre el transporte de armas y municiones se hacía utilizando mulas e incluso las ‘espaldas de los cargueros’².

[183]

Los caminos y los ríos de la patria presentaban enormes dificultades para quienes emprendían su recorrido. Así, lo pudo constatar Vergara y Velasco:

En vista del relieve, geognóstica, régimen de las aguas, clima y anterior ocupación del territorio por los indígenas, nadie extrañará que Colombia carezca de caminos: en efecto, para salvar las altas cumbres, los caminos cruzan deleznablez rocas siempre húmedas y algunas azotadas por el frío que mata; dondequiera abundan torrentes de grandes avenidas, difíciles de salvar con puentes fijos, y que de otro modo detienen horas y aún días al viajero; las faldas de las serranías son abruptas y su selva es bravía; en la llanura son frecuentes o periódicas las inundaciones y anchurosos los ríos, con frecuencia innavegables por los bancos y los rápidos;

¹ AGN, Sección República, Miscelánea de la República, 242, f. 0637r y v.

² *Ob. Cit.*

la selva de la zona tropical crece pujante e indomable; poca es aún la población, grandes las zonas desiertas, y hasta las mesas donde mejor se ha establecido el hombre, los cañones han recortado el suelo de un modo tal, que con frecuencia es jornada de un día franquearlos, bien que los barrancos superiores no disten un tiro de cañón. Únase a lo dicho que el suelo, doble casi en su totalidad, consiste en cuencas orográficas, perfectamente cerradas y escalonadas, por lo cual es imposible construir caminos que no sean una serie interminable de subidas o bajadas, salvo darles desarrollo extraordinario o llevarlos por las cumbres aún solitarias, ya que las poblaciones se han aglomerado en el fondo de los valles. Con frecuencia esas sendas de subidas y bajadas existen al lado de otras que surcan llanuras o suelo apenas ondulado: ¿por qué? por evitar el clima mortífero de ciertos lugares bajos, que yacen casi solos a pesar de su feracidad y que están al lado de otros menos ricos pero llenos de habitantes por su salubridad”³.

En consecuencia, uno de los limitantes para las acciones bélicas tenía que ver directamente con el problema de los desplazamientos de las tropas y sus ayudantes por los escasos y difíciles caminos que para la época existían, vías de una geografía fragmentada y agreste. Pero a su vez los caminos tenían un papel central en las dinámicas de los conflictos armados. No sólo conducían a los teatros de la guerra, sino que también facilitaban los recursos necesarios para mantener las tropas: a la vera de los caminos, las haciendas y los poblados, los sembradíos de los colonos y campesinos pobres, eran una fuente de recursos para los guerreros. A lo largo de los caminos los ejércitos y las guerrillas iban demandando avituallamientos, alojamiento, bestias de carga e incluso combatientes. En los caminos se vivía una dinámica de guerra, de manera que constituían un elemento geoestratégico de la mayor importancia para la definición de la suerte de los combates y de las luchas armadas. Sin el dominio de ellos era casi imposible pensar en iniciar un conflicto bélico, mucho menos tratar de obtener una victoria, es el momento en que la cartografía se convierte en un arte para la guerra: “Nisser ha concluido el plan topográfico de esta provincia por el cual da una perfecta idea de los puntos que deben ser ocupados por las fuerzas que se esperan del gobierno, y a fin de que no puedan errar el tiro, y que ninguno de los cabecillas escape”.⁴ Los caminos eran espacios de enfrentamiento, recursos económicos y políticos, contenían en sí mismos la geografía de la guerra, pues constituían largas franjas territoriales que eran rematadas por los puntos nodales que eran las ciudades y poblados, definiéndose así una malla cartográfica para los enfrentamientos.

[184]

EL CAMINO DEL QUINDÍO⁵

El camino del Quindío lo recorrió Humboldt a pie en octubre de 1801, seguido de doce bueyes que llevaban sus colecciones e instrumentos. Hamilton cuenta las dificultades que tuvo en Cartago con los muleros que hacían el recorrido hasta Ibagué en 1824, y luego resalta la habilidad de las

³ VERGARA y Velasco, *Ob. Cit.*, pp. 828 y 829.

⁴ MARTÍNEZ M., “Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840 y 1841”, en Tisnes R. *Marta Martínez de Nisser y la Revolución de los Supremos*. Bogotá, Banco Popular, 1983, p. 33.

⁵ Una presentación de las vicisitudes del camino del Quindío fue realizada por Víctor Daniel Patiño, quien pudo comprobar que: “La fundación de Ibagué obedeció, en parte, a la necesidad de acortar el camino entre Santa Fe y Popayán para evitar el rodeo por Timaná. En 1547 ya se sabía por dónde salir a Cartago para intercambio con Popayán, según lo da a entender Díez Armendáriz en carta al rey del 20 de diciembre de ese año. A López de Galarza se le dio comisión en 1550 para que fundara Ibagué y abriera el camino a Cartago. El primero entre ambas ciudades fue hecho por el capitán Melchor Valdés, después de la fundación de la primitiva Ibagué del Valle de las Lanzas, suceso que, como se sabe, tuvo lugar en 1550. Es entendido que el camino salía a la primitiva Cartago, mudada del río Consota a su actual asiento el 21 de abril de 1691. La apertura se efectuó en 1553. En 1570 no se podía recorrer por estar los indígenas de guerra, eran cinco jornadas. Cuando en 1627, el oidor Lesmes de Espinosa fue enviado de Bogotá a Cartago, el trayecto desde Ibagué hasta la ciudad del Consota tuvo que ser reabierto por indígenas, pues estaba abandonado desde la guerra con los pijaos. Terminadas las guerras con los pijaos en la primera década del siglo XVII, se debió propender a la reapertura, pues en parajes lluviosos y montañosos como el que

mulas en la ruta. En trechos muy angostos, los jinetes tenían que alzar los pies sobre la cabeza del animal. A veces, las mulas se perdían o despeñaban, por lo cual existían de trecho en trecho sitios despejados llamados ‘contaderos’, donde se verificaba el número. Boussingault pasó el Quindío tres veces⁶. De sus relatos de viaje podemos extraer una idea aproximada del trayecto y las dificultades de la travesía. Con este objetivo, a continuación se sigue su relato, resaltando su trayectoria y las dificultades del camino. Boussingault, se instaló inicialmente en Ibagué donde usualmente se preparaba el viaje⁷. El 23 de mayo de 1827, salió de allí y comenzó a subir la primera cuesta, cuya “escalada fue muy penosa a causa del ardor del sol”⁸. Poco después llegó a las Amarillas, en las Ánimas, donde se detuvo. Siguió luego a Guayaral, pasó a La Palmilla, en donde estableció el campamento. “De allí se domina el llano de Ibagué; la pendiente es muy abrupta y uno queda separado de la ciudad por un profundo valle por donde corre el Combeima[...]. Vino una fuerte tempestad del sur y llovió toda la noche sobre el campamento”⁹. El 24 de mayo llegó al sitio Cara de Perro, bajo una fuerte lluvia. De Cara de Perro bajó hacia la casa de las Tapias. El 25 de mayo llegó a la casa del Moral, donde estableció su campamento “en Buenavista[...] en un pequeño sitio en donde me incomodaron los mosquitos. No cesaba de llover y percibíamos un olor de letrinas que indicaba el vecindario de un azufral”¹⁰. El 26 caminó hasta el lugar denominado Contadero de Chachafruto y luego se dirigió al sitio Aguacaliente. De aquí fue hasta el alto del Machín, “El camino era muy resbaloso, un esquistoso descompuesto que formaba un barro espeso”¹¹. Del alto bajó al río San Juan.

La lluvia no había cesado y cuando llegamos al San Juan se transformó en uno de esos aguaceros que solamente conocen quienes han viajado por las regiones ardientes del Ecuador. Seguíamos a lo largo del río, remontándolo y caminando por un sendero cubierto de barro; yo sufría de los pies en tal forma que había tenido que descalzarme, estaba mojado al máximo, el frío ocasionado por la humedad fue tolerable[...]. Tuvimos dificultades para atravesar el vado de San Juan: la lluvia continuaba y el torrente, cuyas aguas venían con mucha fuerza, transportaba bloques de traquita. Atravesé el río sobre los hombros de un carguero que se

[185]

seguía dicho camino, bien pronto se tapó y enmontó. Las dificultades para el tránsito debieron ser tan grandes que con el fin de evitarlas se estimuló en Popayán la construcción del camino de Guanacas. Desde entonces hubo siempre contrapunteo entre los patrocinadores de una y otra vía. De nuevo en el siglo XVIII se reabrió o mejoró el camino del Quindío, que quizá se había tapado. Esto se empezó en 1776, y el trabajo se hizo a cargo de los vecinos de Ibagué, Cartago, Buga y Cali. En 1871 hubo un conato de rebelión de las clases populares en el valle del Cauca, pues el gobierno colonial quería compeler a las tres últimas ciudades, que después con las de Toro y Caloto se llamaron confederadas, a contribuir para la terminación del camino al Chocó por Anserma. El cabildo de Cali representó que, atendiendo como atendía a la conservación del camino al Chocó, que le convenía más a su comercio, y teniendo para el transporte hacia el Magdalena el camino de La Plata, mejor que el del Quindío, no estaba en condiciones de ayudar para este último. Hacia finales del siglo XVIII (1791?), Sebastián de Marisancena, vecino de Cartago, fundó a sus expensas el caserío de La Balsa en el río La Vieja, por donde pasaba el camino en cuestión. En 1798, con motivo del envío de leprosos de Cali, se habla de las dificultades para el tránsito por allí. Esta es la ruta que conoció Humboldt en 1801. Pero, parece que otra vez la selva recobró sus fueros por los trastornos ocasionados durante las guerras de Independencia... El primer camino en forma hecho durante el período republicano, se empezó durante la administración del general Herrán (1841-1845). Como era tan desolado, pues no había ni un solo rancho en todo el trayecto, en 1843, mientras los penados del presidio de Panamá hacían la construcción en el flanco occidental de la Cordillera, el gobernador de la provincia del Quindío, Jorge Juan Hoyos, dispuso la construcción de una casa en Boquía, que sirvió después de base para el establecimiento de la población de Salento. En 1845 se organizó el caserío de Valdesina, margen oriental del río Toche, caravasar que duró hasta 1851. En 1845 se terminó el camino por el lado del Tolima. En 1850 se dio por terminado en toda su extensión, pero hubo reclamaciones por defectos. Llegó a tanto el deterioro, que en 1851 hubo que trasladar los penados del presidio que abría la ruta de Cali al mar, para hacer reparaciones. Un viajero que pasó por este camino en 1854, hace observaciones sobre el trazado. El camino del Quindío por Salento fue sustituido, en la década de 1920-1930, por la carretera Ibagué-Armenia, que pasa por San Miguel de Perdomo, hoy Cajamarca, al parecer el emplazamiento del primitivo pueblo de Ibagué.” Patiño, Víctor Daniel. Historia de la cultura material en la América Equinoccial. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Biblioteca Ezequiel Uricoechea, Tomo III, Vías, transportes, comunicaciones. 1991, pp. 90-93.

⁶ BOUSSINGAULT Jean, *Ob. Cit.*, pp. 151-194.

⁷ Ídem., p. 151.

⁸ Ídem., p. 154.

⁹ Ídem., pp. 154-155.

¹⁰ Ídem., pp. 155-156.

¹¹ Ídem., p. 156.

apoyaba en dos bastones, protegido por otros dos hombres que se mantenían a un metro de distancia para romper la corriente y para estar listos a socorrernos en caso de un accidente. Pasamos afortunadamente, aturdidos completamente por el ruido del torrente y dándonos un baño de pies bastante desagradable debido a los 13° del agua. A las 4 llegamos al Tambo de Toche, una posada en donde los viajeros encuentran un techo bajo el cual pueden abrigarse y cocinar, si es que tienen provisiones; bajo esta ramada abierta por todos lados, quedamos expuestos a un viento acompañado de ráfagas de lluvia¹².

El 27 de mayo bajo una lluvia constante, comenzó a subir a Toche “por un camino tan resbaloso que con frecuencia había que darle forma a la arcilla blanca para que el pie se pudiera sostener”.¹³ Llegó al alto de la Sepultura y de allí fue a Yerbabuena. Posteriormente se dirigió a quebrada de las Cruces y luego al alto de las Cruces. “Desde este sitio la vista descansa sobre un horizonte de verdura, donde se levanta la gigantesca palmera de cera[...]. El descenso del alto fue tan penoso como la subida; huecos llenos de barro líquido y una lluvia incesante”.¹⁴ Por la tarde se encontraba en el torrente de Tohecito, donde estableció su campamento. El 28 de mayo, recorrió el sendero que llevaba al páramo. “Después de haber almorzado en El Alto, comenzamos a bajar con lluvia y por caminos tan estrechos, profundos y cerrados, que en ciertos sitios uno hubiera creído estar en la galería de una mina. Después de 4 horas de una marcha fatigante al más alto grado, llegamos a Matafucua[...]. Alcanzamos al Contadero de Cruzgorda en donde debía pernoctar”¹⁵. El 29 de mayo encontró que “el terreno para llegar de Cruzgorda al río Quindío era un pantano”¹⁶. En seguida subió hasta el alto de Lara Ganao, luego siguió hasta El Roble y el Socorro, donde acampó. El 30 de mayo fue a desayunar a Buenavista. “Allí comienza la peor parte del camino; uno camina en los guaduales expuesto a las espinas de esas gigantescas gramíneas y en un barro que llega a las rodillas; en el camino me refrescaba con el agua que se obtiene de las guaduas, practicando una abertura por encima de uno de los nudos de la vara. Por la tarde llegué cansado, y cubierto de barro al sitio de La Balsa.” El 2 de junio, salió hacia Cartago, al oeste, sur-oeste de La Balsa¹⁷. “El camino fue pésimo hasta el río de La Vieja o del Quindío, en donde me detuve a mediodía[...]. Este río recibe la quebrada de Piedramoler y es cerca de su unión donde se atraviesa [...]. Remontamos el lecho del río San Juan y llegados al punto culminante del camino, al páramo, bajamos por el lecho del río del Quindío”¹⁸. Llegó a Cartago en la tarde y constató que del páramo a Cartago, “midiendo con cadeneros la distancia, se encontró que hay 12 leguas de 6.660 varas y yo había necesitado 9 días para recorrer esta distancia”¹⁹.

De la misma forma, para darse cuenta de las dificultades que implicaba el recorrido por el camino del Quindío a mediados de siglo, se puede tener en cuenta una comunicación de Agustín Codazzi dirigida, el 11 diciembre de 1853, al Secretario de Relaciones Exteriores de la Unión, como evaluación de un proyecto de trazado del camino presentado al gobierno nacional. Codazzi realiza las siguientes precisiones. En primer lugar, indica que el camino proyectado no serviría para pasar en la estación de invierno por parte de las ‘recuas’ de mulas, si no se dedicaba constantemente el doble número de presidiarios para componer diariamente lo que diariamente arruinaban las aguas

¹² Ídem., pp. 157-158.

¹³ Ídem., p. 158.

¹⁴ Ídem., pp. 158-159.

¹⁵ Ídem., p. 160.

¹⁶ Ídem.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Ídem., p. 161.

¹⁹ Ídem., p. 162.

debido a las pendientes ásperas que tiene la montaña, sin que jamás pudiera decir el gobierno que tenía un camino en el Quindío. En segundo lugar, señala que no fue acertado el trazo del camino, pues se siguió poco más o menos la misma mala trocha que existía en 1820 cuando las mulas gastaban de 15 a 20 días para atravesar la montaña, mientras que en ese momento lo hacían en seis u ocho días. ¿Existían, entonces, dos trayectorias para cruzar al Quindío? En tercer lugar, consideraba que había en el Quindío forma de hacer no un camino de herradura, sino una carretera, que no tuviera sino el 4 o 5% de desnivel de Ibagué hasta la cumbre de la cordillera. Anotaba Codazzi que aún no había podido determinar la parte opuesta de la serranía, cuyas aguas vierten al valle del Cauca, por no haber hecho todavía el mapa de aquella provincia; pero que estaba casi seguro que el terreno se prestaba para seguir hasta el Valle con el mismo descenso indicado. En cuarto lugar, indica que la vía señalada por los peticionarios (Vergara y Velasco y el director del presidio del Quindío), no era la que él había insinuado como camino de carros; era otra muy diferente, la cual a su modo de ver no podría llegar a ser nunca carretera y siempre tendría que subir con un fuerte declive hasta la cumbre de la cordillera y bajar del mismo modo, y dudaba Codazzi de que el 'faldeo' a las orillas de los ríos fuera practicable. Se queja Codazzi que el director del presidio del Quindío no le ha comprendido, pues él le había indicado con claridad por donde debía empezarse el camino y las lomas que debía recorrer. Para Codazzi, el trazado de la carretera, debía esperar hasta que se hiciese el mapa de la provincia del Cauca, pues entonces se podría con acierto indicar la verdadera vía comercial y carretable, haciéndole un bien inmenso al país, porque se enlazaría con otra carretera que él proyectaba abrir entre Cali y Buenaventura, y los productos del valle del Magdalena y del Cauca podrían ser fácilmente transportados al Pacífico con poco costo. Frente a la obstinación de desviar el camino por la nueva aldea de Obaldía, Codazzi consideraba que esto no consultaba en nada los intereses generales; como conocedor del terreno, estimaba que era un desacierto cambiar la ruta por complacer a unas pocas familias y el ridículo orgullo de nuevas fundaciones que pretendían ser gran cosa cuando por su excentricidad sólo llegarían a ser pequeños pueblos fuera de las vías comerciales. Recomienda, por tanto, que no se abandone la vía que existe, y tampoco se deje sin el presidio, si no se quiere que en un año estuviera intransitable. Asimismo, sugiere que apenas se encuentre modo de hacer una buena vía, se debe primero reconocerla a machete; y si estaba el terreno adecuado para camino de carros, era necesario que un ingeniero trazara toda la línea de sólo dos varas, luego de lo cual debía ser probada y finalmente ensanchada. De este modo, la República tendría un camino, donde por el momento no podían transitar carros por su estrechez, pero estaba la esperanza segura de verlos al cabo de algunos años. Razones, que llevan finalmente a Codazzi a rechazar las propuestas que se le presentaron, las cuales, no obstante, terminaron por imponerse.

[187]

Con el costo que se hace hoy, sin esperanza de tener jamás un camino firme y corriente de herradura, se conseguirá un excelente camino carretero; pero para eso es indispensable cerciorarse por donde debe pasar la línea, explorarla y abrirla de dos varas, para que cada cual pueda recorrerla a caballo en toda su extensión, calcular el costo del banqueo, desmonte y cascajo, y el gobierno estará seguro de no ser engañado en ningún caso por los contratistas²⁰.

A pesar de las dificultades, el camino del Quindío era el preferido por los actores de la guerra, ya que encontraban en él ventajas con las cuales no podían contar en los caminos alternos. Por ejemplo, el 23 de mayo de 1862, una comunicación pone de presente lo que se consideran graves e insuperables inconvenientes que se enfrentarían para llevar a cabo una invasión a Cundinamarca que

²⁰ AGN, República, Gobernaciones Varias, Rollo 16, folios 150r-155v (numeración en el borde superior del rollo).

tuviera lugar por la vía del camino de Guanacas²¹. Quienes suscriben la comunicación, los generales Henao y Canal, argumentan en primer lugar, la existencia de una actitud de rechazo a tomar dicha vía por parte de las tropas y sus comandantes, lo cual llevaría incluso, a que se produjeran grandes deserciones. Se argumenta que si se les da la orden de marchar hacia Cundinamarca por la referida vía, se habrían de reducir sus contingentes. Factor que sería de mayor significado en el ejército antioqueño, sin que ello indique que no habrían de presentarse deserciones en el ejército contrarrevolucionario del Cauca²². Los comandantes argumentan que los soldados del bajo Cauca han mostrado su amplio rechazo a permanecer en el sur, lo cual ha generado frecuentes y numerosas deserciones. Inconveniente que incluso podría llevarlos a no poder realizar con éxito la proyectada invasión al Estado de Cundinamarca, con el fin de derrocar a Mosquera, para así restablecer la legitimidad del gobierno de Ospina²³.

La dificultad, anotan, podría quedar allanada, si la invasión se llevará a cabo por cualquiera de las vías del Quindío o del Ruiz. Pues esto daría moral a sus tropas llevándolas, no sólo a marchar con voluntad y decisión, sino que se les incorporaría una buena cantidad de voluntarios, en especial de Antioquia. Para Henao y Canal era de absoluta necesidad cambiar la vía del Guanacas y adoptar las que consideraban les brindaba mayor seguridad en el camino hacia Cundinamarca. A pesar, de que para Arboleda, la de Guanacas era la vía más fácil. Henao y Canal son prolijos en razones: se podría contar con un mayor número de soldados y contribuir al buen éxito de las operaciones militares. Además, existía otro inconveniente, el relacionado con la subsistencia del ejército, en su tránsito por la cordillera, tomando la vía del Guanacas: “Por las dificultades que se tocan diariamente para conducir con oportunidad a nuestro campamento, de pueblos inmediatos a él, unas pocas cargas de víveres no más podréis calcular cuáles serían esas dificultades para reunir las caballerías necesarias para trasmontar la cordillera por la vía del Guanacas”²⁴.

[188]

Dificultades que serían mucho menores tomando una de las vías del Quindío o del Ruiz, pues “a las caballerías que el Cauca puede suministrar, podrían agregarse las que de Antioquia pueden tomarse, porque allí hay abundancia de bueyes”²⁵. El paso por Guanacas, apenas cuenta con los recursos de seguro insuficientes del sólo Estado del Cauca, “cuyas caballerías no alcanzarían a rendir el largo viaje que por dicha vía tendrían que hacer, mientras que por el Quindío o por el Ruiz se cuenta con los recursos de ambos Estados, Antioquia y Cauca, y sus caballerías, tomando una de las dos últimas vías, no tendrán que rendir un viaje tan largo como por la primera”²⁶. A dicha razón se agregaba que los recursos de víveres aportados por el Cauca, podían embarcarse hasta Cartago. Un inconveniente más que bien merecía tenerse en cuenta era el siguiente:

Para llegar a pueblos de Cundinamarca que puedan suministrarlos, parte siquiera de la subsistencia de nuestro ejército tendríamos que hacer, un viaje más largo, tomando la vía de Guanacas, y por consiguiente habría que llevar más víveres desde el centro del Cauca, lo cual aumentaría la escasez de caballerías; mientras que verificándose el viaje por el Quindío o por el Ruiz, se sale más pronto a pueblos que nos proporcionaran recursos de víveres, puesto que el tránsito por el valle desde Popayán a Cartago o Manizales, se hará con los recursos del mismo valle, sin tener que tocar con los embarazos que habrían de presentarse necesariamente desde La Plata a Neiva, por lo menos. Tomando, pues, una de las dos vías que dejamos indicadas,

²¹ AGN, República, Secretaria de Guerra y Marina, Tomo, 1095, f. 229r y v.

²² Ídem., 229v.

²³ Ídem., ff. 229v-230r.

²⁴ Ídem., f. 235r.

²⁵ Ídem., f. 230r.

²⁶ Ídem., ff. 230r y v.

nos colocaremos a una misma distancia de la capital de la Confederación, con muchos menos gastos y con menos inconvenientes, que si tomáramos la vía del Guanacas²⁷.

¿Qué tanta razón tenían los socios de armas de Julio Arboleda? Patiño ha indicado que:

El camino de Guanacas fue construido por Andrés del Campo en 1627, en tiempos del presidente Juan de Borja, a cambio de ciertos privilegios que le otorgó la Audiencia de Santa Fe, como el de cobrar algunos portazgos durante veinte años. Lo hizo en ocho meses. Comunicaba en doce jornadas de recuas, Timaná con Popayán. ‘Desde el siglo XVIII otro camino, más corto que el anterior, el ¿Nuevo por la Hacienda de Laboyos? (Isnos-Mazamorras-Paletará) llevaba de Timaná en ocho días a Popayán). El concesionario de Guanacas, desde un principio abrió potreros en la ruta. Desde 1715 empezó el transporte de ganado de Neiva a Cali por este conducto. El registro conservado de las cabezas que pasaron por allí en 1778, indica que fueron 1.519. Así, no es de extrañar que se mantuviera en malas condiciones. Hay una descripción del camino de Guanacas debida al misionero Juan de Santa Gertrudis, en el último cuarto del siglo XVIII. ‘En la parte del páramo propio, no se andaban diez pasos sin que se encontrara una mula muerta, y la gente perecía con frecuencia’ (Serra, 1956, I, 1234-129); cosa confirmada por viajeros del siglo XIX, como el coronel Joaquín Acosta en diciembre de 1822, y Hamilton, que pasó por allí en 1824²⁸.

Se puede vislumbrar que realmente el camino de Guanacas ofrecía mayores dificultades que el del Quindío. A pesar de lo cual, fue el camino que recorrió Tomas Cipriano de Mosquera cuando en el año de 1860 se dirigió hacia la toma de Bogotá. Como lo recuerda Pedro Murgueitio Conde en una carta a Tomás Cipriano de Mosquera fechada el 29 de mayo de 1860 en Cartago (V): “se asegura aquí que usted marchará sobre Bogotá por Guanacas; hoy se dice que seguirán para Neiva con el señor General López 900 hombres; que usted seguirá después por esa misma vía”²⁹.

[189]

*Agonía en una montaña*³⁰ es un relato histórico de los combates que sostuvieron las fuerzas de Casabianca y Delgado a lo largo del camino del Quindío, durante la guerra de 1876. Esta gesta fue narrada de la siguiente manera. En primer lugar, se hace referencia a las dificultades que representan para los combatientes la flora y la fauna, las alturas de la cordillera Central y las selvas tupidas, “entrelazadas de lianas y cargadas de parásitas, ofrece segura madriguera a los osos, a los jaguares y al inmenso güño constrictor; ya desgarrada en todas direcciones por hondos barrancos, forma estrecho cauce a multitud de ríos que, espumosos y atronadores, se lanzan de cascada en cascada por entre peñas y riscos, buscando las corrientes del Cauca o del Magdalena”³¹.

Delgado y Casabianca sostienen un combate “en aquellas colosales montañas, una marcha por en medio de aquellas alpestres soledades”³². Casabianca se internó en la montaña del Quindío con 1.400 hombres, siguiendo la ruta hacia Manizales. “Tenía delante de sí un océano de bosques solitarios, poblados de fieras y alimañas ponzoñosas; precipicios insondables, en los que se hace sentir atronador el eco de la tempestad; peñas escabrosas cubiertas de malezas, y riscos escarpados

²⁷ Ídem., ff. 230v-231r y v.

²⁸ PATIÑO, *Ob. cit.*, pp. 93-94.

²⁹ ACC, Fondo Mosquera, 552 sig. 38299.

³⁰ AGUILAR Federico, “Matilde”, en *Narrativa de las guerras civiles colombianas*, Volumen 4, tomo 2. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2006, pp. 520-525.

³¹ Ídem., p. 520.

³² Ídem., p. 521.

que le cerraban el paso con sus gigantescas barreras de granito”³³. Tenía a sus espaldas al general Delgado, quien le seguía con las legiones veteranas de la Nueva Colombia. Esta fue una marcha precipitada, con un numeroso ejército, a través de obstáculos y peligros, en el corazón del invierno de la zona intertropical, y con un aguerrido, fuerte y bien provisto enemigo a la espalda.

El hambre, el cansancio, las privaciones, las fiebres, las deshechas tormentas de la zona tórrida y la fragosidad del camino iban sembrando de cadáveres el paso de los regeneradores y dejando en pos de ellos una indeleble huella de horror y de muerte. Aquí y allí se veían, a lo largo del camino, los sangrientos restos de hombres y animales desgarrados por el adunco pico y aceradas uñas de las águilas y cóndores, o medio roídos por el colmillo de hambrientos chacales³⁴.

Después de luchar con un entorno natural hostil durante diez días, Casabianca hizo alto en el río Toche para hacer frente a los soldados de la Guardia Colombiana: “Con todo, en una serie de colinas escarpadas, que principian en la confluencia de éste con el Tohecito, principió a parapetarse el 12 de septiembre. El general Delgado llegó al tercer día, reconoce la ventaja de las posiciones católicas, se detuvo a estudiar el lugar cuidadosamente y se decide al combate”³⁵. Lanzó sus tropas contra las trincheras de Casabianca y después de doce horas de lucha, Casabianca se vio obligado a retirarse hacia Manizales por el camino de Condina:

En la azarosa retirada de Casabianca por senderos intransitables, al borde de oscuras y profundas cimas, se vieron escenas de horror. Cuando cerró la noche, la espesa arboleda que ceñía la orilla de los precipicios, aumentaba la medrosa oscuridad de aquellas soledades; la estrecha senda, poblada de lagartijas y culebras, perdíase en la espesura de los matorrales, y el agua, que a torrentes desgajábase de nubes preñadas de truenos y rayos, araba la tierra con impetuosos torrentes, reblandecía la greda, haciendo imposible fijar la planta en los empinados resbaladeros[...]. Aquellos hombres enfermos, fatigados, hambrientos, sentíanse desfallecer, eran arrastrados hasta el fondo de los barrancos con las ramas o raíces de que se asían en su angustiada y precipitada carrera”³⁶.

[190]

Además de los testimonios literarios, el estudio del camino del Quindío como una de las rutas de la Guerra Federal, puede ser llevado a cabo a partir de los escritos de Víctor Zuluaga, en especial su trabajo *Colonización y guerra en el Quindío*³⁷. Zuluaga presenta y demuestra la novedosa tesis de que las guerras civiles del siglo XIX fueron el principal obstáculo para que colonos procedentes de Antioquia o de otros Estados, se ubicaran entre Cartago e Ibagué, a orilla de los distintos ramales del camino del Quindío. De este modo, el autor polemiza con los planteamientos más corrientes de que los principales obstáculos para la colonización fueron la presencia de la Compañía Burila y el clima malsano de la hoya del río Quindío³⁸.

Para Zuluaga, en la medida en que el camino del Quindío era el paso más importante de comunicación del occidente colombiano con la capital del país, era de esperarse que se convirtiera en el punto

³³ Loc. cit.

³⁴ Ídem., pp. 521-522.

³⁵ Ídem., pp. 522.

³⁶ Ídem., p. 523.

³⁷ ZULUAGA Víctor, “Colonización y guerra en el Quindío”, ponencia presentada en el II Simposio de Historia Regional y Local, Pereira, septiembre de 2007.

³⁸ Zuluaga. *Ob. Cit.*

clave para el desplazamiento de tropas, elementos de guerra y correo. En su trabajo indica que el primer enfrentamiento que hace mover tropas por el camino del Quindío y por el de Guanacas fue el de 1830 durante la Guerra de los Supremos:

A pesar de haber sido un enfrentamiento breve, lo cierto es que hubo movilización de tropas por el camino del Quindío y ello traerá consecuencias funestas para sus pobladores toda vez que se producen en las poblaciones los reclutamientos forzosos y lo prestamos obligatorios para apoyar el gobierno de turno o la protección de semovientes y recursos por parte de los rebeldes³⁹.

Por la época en la que se produce dicha guerra, la única población existente en el trayecto de Cartago e Ibagué era la de La Balsa, y los otros puntos a los cuales se hacía alguna referencia (Alto del Roble, Toche, El Moral, Gallego y Boquía) eran sitios en donde existía un tambo destinado a albergar a los transeúntes⁴⁰. Asimismo, durante la guerra de 1854 se presentaron algunas confrontaciones con escenario en algunas rutas del camino del Quindío⁴¹.

Igualmente, Zuluaga indica que durante la guerra de 1860, los grupos humanos asentados a lo largo el camino del Quindío, en el trayecto entre Ibagué y Cartago, hubieron de sufrir grandes penalidades durante el desarrollo de dicha confrontación⁴². Incluso, los pocos colonos que ya desde 1828 se habían asentado en el área conocida como Cartago viejo, también se verían afectados por dicha guerra: “Tenga la bondad de dar alguna providencia sobre el abuso que están cometiendo de mantener el destacamento de Boquía, con el ganado de esos pobres pobladores, todos patriotas. Así destruyen esa población, hacen desertar los actuales pobladores, retrayendo los que vengan”⁴³.

En el mes de marzo de 1860, tropas, comandadas por Julián Trujillo se movilizaron entre Cartago e Ibagué. A partir de su experiencia en este recorrido, Trujillo consideró estratégico enviar tropas de la Unión para establecerse en Boquía e impedir el paso de las tropas aliadas al general Mosquera⁴⁴. Para la época, igualmente se registró la presencia de tropas lideradas por militares como Peña y Pedro Murgueitio Conde. Este último estaba acantonado con el batallón Quindío en el sitio de La Palmilla, desde donde escribe una carta a Mosquera en la cual le manifiesta que está esperando a las tropas comandadas por el gobernador del Quindío, Lino Ruiz, con los batallones Quindío y Tuluá⁴⁵. Dicha carta manifestaba lo siguiente:

En este momento que son las tres y media de la tarde acabo de llegar a este punto donde se encuentra la vanguardia de nuestras fuerzas que han atravesado el Quindío. Muy temprano llegará aquí el resto de la vanguardia que trae el gobernador Dr. Lino Ruiz. Dentro de dos días lo más tarde llegará a este punto el Coronel Olimpo García que viene atrás con el resto de la división. Esta se compone del batallón Quindío, el de Tuluá y un regimiento de caballería, gente crecida muy decidida y valiente. No sabemos en donde está usted ni tampoco hasta qué punto han avanzado las fuerzas que perseguían a los derrotados de Segovia. Deseamos pues saber de usted y que nos diga los movimientos que debemos ejecutar, para obrar en combinación. La fuerza que ocupaba a Ibagué se ha retirado para el Guamo o Espinal, menos

³⁹ ZULUAGA. *Ob. Cit.*

⁴⁰ ZULUAGA. *Ob. Cit.*

⁴¹ GALINDO A., en ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁴² ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁴³ ACC, carta de Ramón Elías Palau al general Tomás Cipriano de Mosquera, Cartago, 8 de mayo de 1860, Fondo Mosquera, 575, sig. 38511.

⁴⁴ ACC, Mosquera, 39 T. 1860, en ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁴⁵ ACC, M 2 1862, en ZULUAGA, *Ob. Cit.*, V.

una compañía de 50 hombres que dicen está situada a 4 leguas de Ibagué. Por el espléndido triunfo de Segovia ha salvado a mi modo de ver la Federación⁴⁶.

En el año de 1862, el coronel Pedro Murguetio Conde, como gobernador de la provincia del Quindío, solicitó víveres para sus soldados, acantonados en La Balsa⁴⁷. En el año de 1864, la jefatura municipal del Quindío le envía un comunicado al corregidor de la Aldea de Boquía con el fin de informarle que el doctor Ramón Elías Palau está encargado de impedir que las comunicaciones entre el Tolima y Cundinamarca se vean interrumpidas; además, de que estaba encargado del establecimiento de espías en Condina para controlar las operaciones de los rebeldes antioqueños⁴⁸.

Según Zuluaga, durante la guerra de 1876 los hechos que se pueden destacar, de acuerdo con los documentos históricos, son la presencia de tropas en el trayecto del camino del Quindío, los comunicados en donde se hace evidente el espíritu partidista extremo, los impuestos de guerra y las expropiaciones⁴⁹. Indica que una vez estalla la guerra de 1876, el general Perea ocupó a Cartago y se dirigió a Ibagué por el camino del Quindío. El objetivo que perseguía era impedir que entraran refuerzos procedentes del Tolima al Cauca, que servirían para reforzar el levantamiento de los conservadores contra el gobierno liberal⁵⁰. A pesar de esto, “no se pudo impedir que las tropas procedentes del Tolima, comandadas por Casabianca, se tomaran el pueblo de Salento y destruyeran varias casas y muchas sementeras como informaría luego el alcalde de dicha localidad a Cartago”⁵¹. Esta acción de arrasamiento de Casabianca fue una reacción tardía a la agonía que sufrió en el camino del Quindío, acción que llevó al alcalde de Salento a manifestar al concejo municipal: “Ya el Estado se encuentra en completa paz y la administración pública de ese lugar ha vuelto a su normalidad en que se hallaba el 16 de junio del año pasado, en el transcurso de esa guerra, la casa consistorial la dejaron en estado ruinoso las fuerzas del General Casabianca”⁵².

[192]

Por otra parte, Zuluaga indica que durante la guerra del año de 1885 se presentaron varias acciones bélicas en el trayecto del camino entre Cartago y Salento:

En una nota fechada el 15 de marzo de 1885, el entonces alcalde de Salento, Ramón Cárdenas le comunica al comandante general del departamento militar del Norte del valle, que ha cumplido una comisión de carácter militar. Al salir de Cartago llegó a Pereira y luego se dirigió hacia Finlandia en el sitio conocido como Tinajas. Al llegar a Finlandia procedió a capturar a Luis Aguilar y Juan de Jesús Ocampo, vecinos de Salento, de quienes se tenía certeza de que pertenecían a las fuerzas insurgentes. Luego le dio la orden al coronel Ramón Isaza para que con sus 16 hombres se tomara la vía de San José a Circasia, y la atacara en las horas de la noche, pues se tenía noticia de la existencia de enemigos en dicho poblado. De manera simultánea le dio la orden al capitán Ramón Tascón para que tomara el camino nacional hasta llegar al punto de Arrayanal, en donde se decía, había un campamento enemigo. Por último hace alusión al incumplimiento de las órdenes por parte del capitán Ramón Tascón y la aprehensión de varios presos políticos⁵³.

⁴⁶ ACC, Fondo Mosquera, 565, sig. 38305.

⁴⁷ ACC, Fondo Mosquera, abril 30 de 1862.

⁴⁸ AHC. Jefatura Municipal, enero 1864, en ZULUAGA, “Colonización y guerra en el Quindío”.

⁴⁹ ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁵⁰ Diario oficial, 1876, No. 3833, en ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁵¹ Loc. cit.

⁵² A.S. Libro 1877. TII., en ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁵³ A.S. Libro 1885. T.V, f. 46. Citado en ZULUAGA, “Colonización y guerra en el Quindío”.

También en 1877, se encuentra una comunicación que da cuenta de la presencia de tropas en el trayecto del camino del Quindío: “El coronel Flórez fue emboscado cerca de Salento por un grupo de rebeldes, debido a que ignoró las órdenes impartidas por las autoridades militares superiores. Anuncia dichas comunicaciones la llegada a Salento del coronel Pompilio Gutiérrez con 250 hombres”⁵⁴.

De los anteriores documentos se puede deducir que la parte del camino del Quindío ubicada alrededor de Salento fue un escenario de guerra que hizo de él un corredor de los actores armados y teatro de enfrentamientos, al igual que zona de recursos económicos. Zuluaga indica que en la región existía un gran temor por parte de los campesinos por los reclutamientos, la confiscación de animales y productos como la sal, maíz, frijoles y panela, entre otros⁵⁵.

EL CAMINO DE MEDELLÍN A MANIZALES

Manuel Pombo narra las vicisitudes del viaje entre Medellín y Manizales. Da una visión sobre las dificultades que el medio imponía a quienes recorrían las rutas del comercio y la guerra en la Colombia Federal⁵⁶.

Saliendo de Medellín, la primera parada en la ruta tenía lugar en Rionegro. Allí Pombo recorrió el llano, las cuchillas y el cementerio, que se convirtieron en campo de batalla el 10 de septiembre de 1851: “Con el triunfo que obtuvo aquí el general Tomás Herrera sobre las fuerzas revolucionarias acaudilladas por el general Eusebio Borrero, terminó en corto tiempo la guerra en Antioquia”⁵⁷. Esta fue una guerra que en Antioquia comenzó cerca de Medellín, y terminó en Rionegro, después de haber pasado por Abejorral⁵⁸. Pombo indica que en la guerra de 1851, los rionegreros se hicieron notables por su decisión en favor del gobierno liberal, “inquebrantables ante los esfuerzos que contra ellos se intentaron y ante el torrente de la opinión que en sentido opuesto se tenía como pie dominante en Antioquia”⁵⁹.

[193]

De Rionegro se seguía al pueblo de San Antonio de Pereira, para llegar a La Ceja del Tambo. Luego continuaba el camino por la quebrada, cuesta y alto de Pantanillo, y después por los altos, bajos y resbaladeros de La Hondita, hasta llegar al alto de Las Colmenas. Posteriormente, se salía y se emprendía la bajada hasta el río de El Buey. “Este caudaloso río, de corrientes ruidosas y aguas acaneladas y espumosas, labra su cauce entre el estrecho asiento de las dos cuestas, formando, ya profundas charcas llenas de remansos y remolinos, ya angostos chiflones en donde el agua rueda a tumbos sobre grandes piedras y se estrella contra el pardo peñón de sus orillas”⁶⁰.

Después, era necesario subir hasta el alto del Roble, y desplazarse hasta la subida de Santa Catalina; en seguida subir hasta el alto de Las Dantas. Pombo anota que esta “fue la vía que siguió el general Herrera para dirigirse a Rionegro al fin del combate de Abejorral; y pueden calcularse los azares y las angustias a que se vio sujeto cuando, de noche, lloviendo, sin conocer el camino y creyéndose perseguido por el enemigo, rodaba, con el desconcierto de una retirada, por semejantes breñas”⁶¹.

⁵⁴ A.S. Telegramas recÍdemos, 1899, en ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁵⁵ ZULUAGA, *Ob. Cit.*

⁵⁶ POMBO Manuel, *De Medellín a Bogotá*, Traducción de Gregorio Obregón, Bogotá, Colcultura, 1992, pp. 49-160.

⁵⁷ Ídem., p. 53.

⁵⁸ Ídem., p. 52.

⁵⁹ Ídem., p. 53.

⁶⁰ Ídem., p. 60.

⁶¹ Ídem., p. 62.

Posteriormente, la ruta continuaba hasta llegar al alto y bajada de El Chagualo. Enseguida se bajaba a la quebrada y se volvía a subir al alto de Las Yeguas, para descender hasta el alto del Tusero y finalmente, llegar a Abejorral.

Desde este punto hasta el pueblo tuvo lugar, el 14 de abril de 1831, la primera batalla de Abejorral. Desterrados de Antioquia por los secuaces del gobierno de 1830, el coronel Salvador Córdoba y otros cuatro ciudadanos fueron entregados en Nare al teniente Bibiano Robledo para que los condujese a su destino. Unidos conductor y presos, desembarcaron en San Bartolomé, revolucionaron el cantón del nordeste, maniobraron sobre Medellín y por un movimiento de flanco atacaron y dispersaron, el 13 de abril, la fuerza estacionada en Abejorral, Atacados a su vez en la mañana del siguiente día por el coronel Carlos Castelli, obtuvieron completo triunfo, y capturaron en La Ceja a Castelli, a quien después remitieron a Bogotá, en donde escapó de ser fusilado. No esperaba el mismo desenlace al benemérito coronel Córdoba ni a su compañero Robledo: diez años más tarde se le inmoló con otras cinco víctimas en los escaños de Cartago[...]. A la salida de Abejorral se encuentran las faldas dominadas por el pueblo al lado izquierdo y por los altos de Purima y Las Letras al derecho, en donde combatieron los ejércitos de los generales Herrera y Borrero el 7 de septiembre de 1851⁶².

Después de Abejorral se pasaba por la quebrada Chorro-Hondo, la cuesta, la quebrada y el alto de San Antonio, y bajada del Erizo. Tras la bajada, quebrada y subida de Quebradona que termina en el alto de Carrizales, se emprendía la bajada que conducía al río Aures. Se cruzaba dicho río y se subía hasta el alto de Capiro, desde el cual se llega a Sonsón.

[194]

De acuerdo con el texto de Pombo: “En las márgenes del Aures que acabamos de dejar, el calor del sol y de la temperatura los hacía transpirar en abundancia, y ahora el viento y las nieblas del Capiro casi nos entumecían las manos; tan rápidas así son las transiciones en este país, eminentemente montañoso”⁶³.

Pombo logra establecer que los sonsoneños y los demás habitantes del cantón de Salamina eran notables por dos cualidades:

Su fortaleza y maestría en las faenas del campo, de manera que admiran sus labranzas y habitaciones en las cumbres de las montañas que descuajan, o en lo profundo de los senos en cuyas arenas buscan el oro; y lo aptos que son para el servicio militar, para el que los prepara su vida acostumbrada a la intemperie y el manejo de las armas con motivo de la caza que abunda en sus bosques⁶⁴.

Desde Sonsón, seguía la ruta para Salamina. En este camino, los viajeros se encontraban con el abra profunda, fragosa y pesadísima del río Arma, el cual les ocupaba casi todo el resto de la jornada: “El cañón de Arma, como lo denominan por acá, es rudo y fatigoso, pues desde el frío y las nieblas de sus cumbres se descende hasta el sofocante calor de sus senos. La trocha o vereda (que sería calumnia denominar camino) que se recorre, es pésima”⁶⁵. En la cuesta, desde el río hasta el alto de Los Medios, menudeaban los pasos azarosos, “consistentes en desfiladeros de tierra deleznable tajados sobre precipicios que van a dar al río; en hondos fangales en donde las bestias se consumen

⁶² Ídem., pp. 63-64.

⁶³ Ídem., p. 71.

⁶⁴ Ídem., p. 75.

⁶⁵ Ídem., p. 81.

hasta los pechos; en estrechuras obstruidas por la maleza, sin hacer mérito de la continua sucesión de saltos y resbaladeros que constituyen el resto del camino”⁶⁶.

Después del alto de Los Medios, siguiendo por terrenos quebrados, se llegaba al alto y cuesta de la Chorrera, pasando el alto y la quebrada de Pore, el alto y quebrada de La Arenosa y la subida de Aguas Claras, que conducía al pueblo de Aguadas. En Aguadas fueron recibidas por los comisionados del general Herrera, “las armas que, a consecuencia del convenio de Las Coles, debió entregar en la pasada lucha el coronel Braulio Henao: fueron unos cuatrocientos fusiles, que sirvieron de gran auxilio en su campana al ejército que los recibió”⁶⁷.

Continuaba el camino por el terreno y alto de La Montaña, la quebrada de Castrillón, el alto del Oso y de Viboral, para llegar a Pácora. Se ascendía luego al alto de Ranchoalegre, para desviar hacia el sitio en donde la quebrada de Arquía entra en el río Cauca, en el paso de Bufú. Allí, aún existían los “restos de las obras de defensa construidas a mediados de 1813 por el sabio Caldas para detener a los españoles que se habían apoderado del valle del Cauca, a las órdenes de Sámano”⁶⁸.

Luego, se encontraban las pequeñas sabanas de Las Trojes; y al terminarlas se emprendía el descenso de la gran cuesta que conduce al río Pozo, en cuya opuesta eminencia se alcanza a ver la población de Salamina. “A corta distancia del río Pozo se encuentra el pequeño llano y la quebrada de La Frisolera, desde la cual, serpeando por el cerro, sube el hondo y encajonado camino que termina en Salamina”⁶⁹.

Salamina está situada en un enorme cerro, el cual “dibuja el perfil semicircular de su cumbre sobre el horizonte que remotamente limita la cordillera, y aparece como en el fondo de un escenario al que sirvieran de bastidores laterales los abruptos cortes de una serie progresiva de cerros”⁷⁰. En la cúspide de esa mole gigantesca, estaba ubicada la población: “Un nido de águilas encaramado en un peñasco, desde el que se registran y dominan los alrededores, y al que parece que puede llegarse no escalando paso a paso el peñasco sino de un vuelo cortando los aires”⁷¹.

[195]

Pombo recuerda que el camino de La Frisolera hasta el poblado fue el que intentaron recorrer el 5 de mayo de 1841 el coronel José María Vesga y el comandante Tadeo Galindo a la cabeza de una columna de 800 hombres contra 221 allegados por los comandantes Braulio Henao y Clemente Jaramillo y por el señor Elías González: “Los defensores de la población se aprovecharon de las escabrosidades del terreno para desplegarse en cazadores y sostener un fuego mortífero; pero fue principalmente en una sabaneta que hay a media cuesta de donde resistieron a pie firme y rechazaron a [...] sus contrarios”⁷². Allí los de Salamina, triunfaron en forma rotunda, ayudados por las posiciones que ocupaban en el terreno.

Después de Salamina, se avanza hacia Neira:

Por profundos barrizales, plagados en su fondo de redes de raíces, que enredaban los cascotes de las bestias; derrumbaderos empinados, de greda amarilla y brillante o de tierra negra deleznable, en donde no se podían afirmar los pies, y en cuyo descenso rodaban confundidos

⁶⁶ Ídem., p. 81.

⁶⁷ Ídem., p. 83.

⁶⁸ Ídem., p. 86.

⁶⁹ Ídem., p. 87.

⁷⁰ Loc. cit.

⁷¹ Loc. cit.

⁷² Ídem., p. 88.

jinete y mula; troncos caídos, maleza que cerraba el paso, púas y estacas por todas partes, árboles que goteaban por todas las ramas, y una atmósfera de niebla y frío, que interceptaba la luz y el calor del sol⁷³.

En esta parte del camino, hombres y mulas se cubrieron de lodo desde los pies hasta la cabeza: “En cuanto a caídas y golpes, cada cual pudo al principio numerar los suyos; mas luego fueron tan consecutivos, que se hizo preciso cortar la cuenta”⁷⁴.

Enseguida de Salamina, se pasaba por el alto de Chamberí. En la bajada de dicho alto:

El aguacero se nos vino encima, violento y copioso como si pretendiera acabar de aturdirnos entre aquellas soledades que se estremecían a su ruido y por todas partes nos enviaban vientos y torrentes. Las mulas vencían con trabajo la doble resistencia que les oponían los atolladeros del suelo y el ímpetu del chubasco, y a nosotros nos escurría el agua por todo el cuerpo, al que se nos habían adherido los vestidos empapados⁷⁵.

Al bajar del alto se llegaba al río Chamberí, el cual para la época del viaje de Pombo:

Venía por las cumbres, arrastrando en su avenida grande, piedras y árboles recién descuajados: era preciso aprovecharnos del puente, antes que la creciente, que casi lo alcanzaba, pudiera arrastrarlo. El angosto piso del puente, resbaloso y lleno de hoyos, cubría apenas a retazos las largas y apartadas vigas que lo formaban, y éstas crujían y se mecían al impulso de nuestros pasos, y las aguas estrepitosas distaban ya poco de nosotros. Las mulas se resistían, los pies se nos deslizaban, la cabeza nos flaqueaba y el aguacero nos cegaba casi. Arreando unos y otros cabestreando las bestias, todos ateridos de frío y calados de agua y barro, representábamos un cuadro que en medio del afán nos provocaba a risa: nos asemejábamos a esos espíritus grotescos de las leyendas que, en medio del fragor de los elementos conjurados, aparecen para burlarse de la consternación de los hombres⁷⁶.

[196]

Después de pasar el anterior puente, era necesario superar otro gran torrente: “Escogimos el punto en que se mostraba menos poderosa su corriente y por él nos aventuramos, tropezando y resbalando las mulas en los pedrejones diseminados por el cauce y resistiendo a los borbollones del agua, que a veces pasaban por sobre sus ancas”⁷⁷.

Pasado el río, se subía por “una cuesta intransitable, interminable, abominable era la tal, y a pies desnudos tuvimos que aguantarla porque las mulas se caían solas y teníamos que llevarlas por delante. Y trepábamos, y trepábamos, y el día terminaba y la luz menguaba, y la fatiga nos ahogaba y el alto estaba siempre a la misma distancia”⁷⁸.

Se llegaba a una casa grande del alto, de la cual se descendía hacia la quebrada del Sargento. De allí a un punto denominado la Honda se atravesaba un cenagal profundo, para llegar a la cuesta de Muelas: “Fueron tales y tantos los desastres que sufrimos trepando a pie esta escabrosa y empinada cuesta, que íbamos ya afligidos y no sabíamos qué inventar para distraer el ánimo”⁷⁹.

⁷³ Ídem., pp. 95-96.

⁷⁴ Ídem., p. 96.

⁷⁵ Ídem., p. 97.

⁷⁶ Ídem., p. 98.

⁷⁷ Ídem., p. 100.

⁷⁸ Ídem., p. 101.

⁷⁹ Ídem., p. 106.

Posteriormente, se recorrían las travesías de La Chillona, “bajadas, subidas, fangales, laderas, precipicios, etc., todo en menor escala pero en incesante alternativa”⁸⁰. De La Chillona se continuaba hasta la cuesta y el alto del Cardal. Luego se bajaba la quebrada de Tarea, se subía al alto de Pan de Azúcar, se bajaba al río de Tapias; había que superar las travesías y quebrada de Santa Isabel, y después de subir el alto de Cantadelicias se entraba al pueblo de Neira⁸¹.

“Tres jornadas llevábamos desde Salamina y quizá no habíamos caminado diez leguas, a consecuencia, como se ha visto, de lo fragoso de las vías y de la crudeza del invierno”⁸².

De Neira, se pasaba por las travesías de Pueblorrico se descendía al río Guacaica. “Tuvimos que vadear también este caudaloso y pedregoso río, porque del antiguo puente existían solamente los estribos”⁸³. Continuaba el camino por la subida de La Linda, se seguía por las travesías de Morrogacho hasta entrar al pueblo de Manizales. Tal el camino que debían recorrer los ejércitos y otros combatientes.

EL CAMINO ENTRE MANIZALES Y BOGOTÁ

Uno de los caminos más difíciles durante el siglo XIX era el de Manizales a Bogotá. De acuerdo con Pombo, en las cercanías de Manizales, los caminos por la cordillera del Ruiz y Herveo, eran pésimas trochas, con un invierno permanente y un piso fangoso.

En sus relaciones de viaje, Pombo escribió que partiendo desde Manizales, después de superar la cuchilla se pasaba la Quebrada del Perro y se llegaba a la de Manizales. De aquí se seguía hasta la explanada de Los Frailes. La marcha continuaba hasta el alto del Derrumbe, que principia y domina la enorme cima de Lagunilla. Del alto del Boquerón sigue la cuesta hasta el río Lagunilla, de aguas blancas y espesas y que se pasaba tres veces por pésimos vados. Luego, se seguía hasta Sabanalarga. A continuación, el camino descendía hasta una de las gargantas del Derrumbe y llevaba hasta el alto opuesto, que llamaban del Boquerón. A continuación, se llegaba a Vallecito, una explanada. Luego se divisaba El Líbano, primera población del camino, que se encontraba después de cinco días de marcha. De allí se descendía hacia el valle del Magdalena. Sucesivamente se pasaba los sitios y casas de Manzanillo, San Juan y Aguador, hasta que se llegaba a las lomas y casas de Santa Bárbara. Se seguía luego por las poblaciones de Ambalema, Lérida, Venadillo, Guataquí, Tocaima, Apulo, La Mesa... hasta llegar a Bogotá.

Los viajeros para recorrer el camino de la cordillera del Ruiz y Herveo, comenzaban subiendo una trocha que se consideraba de “una fiereza superior a toda descripción y aun a toda ponderación. Sobre un piso fangoso, lleno en su fondo de hoyos, raíces, troncos astillados y palos caídos”⁸⁴, el estrecho sendero “se abría entre dos muros de tupido y erizado chuscal, cuyas espinosas ramas ya en flexibles y colgantes garfios, ya en púas laterales de todas formas y dimensiones, obstruían el paso y prendían, punzaban, herían, desgarraban el vestido y las carnes del transeúnte”⁸⁵. Durante el viaje, de vez en cuando se salía a pequeñas llanuras donde se hacía alto y se descansaba. Otras veces se llegaba a “pequeñas y despejadas colinas entapizadas de grama, en donde los guijarros ahumados

⁸⁰ Ídem., p. 108.

⁸¹ Loc. cit.

⁸² Ídem., p. 109.

⁸³ Loc. cit.

⁸⁷ Ídem., p. 118.

⁸⁵ Ídem., 117-118.

[197]

o los fríos tizones atestiguaban que otros pasajeros habían hecho lumbre y se habían detenido allí, quizá para gozar de la luz y el aire que les negaba la aspereza por donde habían transitado”⁸⁶.

A través del camino, que casi siempre se hacía bajo la lluvia, eran constantes los lodazales profundos, empinados rodaderos y estrechuras excavadas entre barrancas gredosas: “Esta puede servir de tipo y modelo de las desastrosas vías de comunicación que a nuestra escasa población, nuestro atraso y nuestra pobreza e incuria es dable abrirse luchando con los obstáculos enormes de nuestra portentosa naturaleza”⁸⁷.

Al llegar a la explanada de Los Frailes, “silbaba el viento destemplado, pisábamos barro y nos ro-deaba un horizonte estrecho, cargado de nubes cenicientas que anunciaban próxima lluvia. La trocha que seguíamos continuaba abierta entre el desmonte invadido por el carrizal y la maleza, con bosque tupido a los lados y con los fangales, rodaderos y estrechuras de uso y costumbre”⁸⁸.

Se encontraban en la trocha pedazos impracticables “aun para bueyes y en ellos teníamos que echar pie a tierra, ya para pasar como maromeros por el corte de un desfiladero, ya para defender mejor la persona en lóbregos callejones”⁸⁹.

En la sabana de Termales a más de 3.680 metros de altura, llegando a la región de la nieve: “La vegetación decrecía y escaseaba, reducida ya a arbustos y chaparrales en las faldas y a la grama erizada, los helechos y el chusque en las planicies: la monotonía, la soledad y el silencio de estas desamparadas eminencias conturbaba el espíritu a la par que el frío mortificaba el cuerpo.”⁹⁰ Al continuar la marcha por la región de la nieve, “todo lo hallamos cubierto de un manto de escarcha, la lona de las tiendas, los árboles del bosque, la fangosa superficie de la tierra. El agua congelada en los charcos semejava espejos, y la que se había cristalizado en los extremos de los barrancos y de las ramas pendía en forma de largas agujas transparentes. Respirábamos niebla helada”⁹¹.

[198]

En la tierra del frailejón, a cuatro mil metros de altura, se abría una inmensa explanada cubierta de pajonal azotado por el ímpetu del viento. “A la derecha, sobre arenales áridos y retostados, que el huracán agita en remolinos, se alzan pardos y bruscos peñones, y sobre ellos se dilata la mesa de blancura refulgente del Herveo”⁹². Al llegar a la cima de Lagunilla, el viento “soplaba vertiginoso y terrible, de manera que temíamos ser por él arrebatados y volar al abismo y teníamos que agrupar los bueyes y tendernos boca-abajo para dejar pasar sus corrientes”⁹³.

Desde el alto había que bajar al fondo por “cuestas rápidas y deleznales, en las que al menor tropiezo puede rodar el que pierda el equilibrio quién sabe hasta qué profundidad, y en las que es tan precipitado el declive, que las piedras ruedan solas y por tan largo trecho que se desvanece la cabeza al seguir las en su curso”⁹⁴. Alternan en sus cuestas escalones descomunales con planos inclinados cortos y sucesivos que llegan a los abismos. El camino “descendía hasta una de las

⁸⁶ Ídem., p. 119.

⁸⁷ Ídem., p. 120.

⁸⁸ Ídem., p. 126.

⁸⁹ Ídem., p. 131.

⁹⁰ Ídem., p. 132.

⁹¹ Ídem., p. 134.

⁹² Ídem., pp. 134-135.

⁹³ Ídem., p. 141.

⁹⁴ Ídem., p. 142.

gargantas del Derrumbe, traza en toda su anchura casi un semicírculo y trepa hasta el alto opuesto, que llaman del Boquerón”⁹⁵.

Pasando por los sitios de Sabanalarga y Vallecito “se llegaba al caserío de El Líbano, donde se respiraba aire más benigno. Después de El Líbano, a medida que descendíamos hacia el valle, subían la temperatura y la vegetación, y aumentaban los ruidos y el movimiento de la vida animal”⁹⁶. Sucesivamente se pasaba por los sitios y casas de Manzanillo, San Juan y Aguador, hasta que llegar a las lomas y casas de Santa Bárbara; tras larga permanencia entre los cerros y montañas gigantescos de la fragosa Antioquia, la tierra caliente volvía a ofrecer su cariñoso regazo:

La tierra caliente: tierra de caudalosos ríos que resbalan entre selvosas márgenes, cruzados por las ágiles canoas o surcados por las balsas perezosas; la tierra del jaguar y de los caimanes, de la venenosa culebra y de los loros que en ruidosas bandadas turban los aires; la tierra en donde se nada y se torea, en donde se bebe y se suda, tierra de fiestas y galanteo, de celos y de rencores, tierra de pasiones tórridas como su clima⁹⁷.

4.5.4.5 El Camino hacia el sur, entre La Vega de Supía y Pasto

Boussingault en sus memorias da cuenta de un viaje que realizó entre el valle del Cauca y el Ecuador. A partir de dichas memorias se puede recordar el itinerario de los viajeros por la ruta del sur⁹⁸. En el viaje, algunas veces, se salía de la Vega de Supía, con el fin de llegar a Quito, como fue el caso de nuestro viajero, quien partió el 8 de diciembre de 1830⁹⁹. Primero, se gastaban aproximadamente ocho días atravesando una selva pantanosa para ir a la ciudad de Ansermanuevo. Aquí Boussingault se detuvo durante tres meses, pues los acontecimientos políticos no permitían viajar con seguridad por el llamado camino hacia el sur¹⁰⁰. Los levantamientos y los asesinatos estaban a la orden del día. La disputa por el poder entre Obando y Mosquera, habían llevado a que este último marchara sobre Ibagué con una columna que debía reunirse con las milicias del valle del Cauca, comandadas por el general Murgueitio Conde y hostiles a Obando y a López. “Estos generales habían conseguido partidarios desde el Patía hasta Popayán, contra lo que llamaban la tiranía y la usurpación de Urdaneta”¹⁰¹. Así lograron “reunir y armar una columna de 600 hombres, formada por infantería y caballería, a la que fueron incorporados los antiguos e intrépidos guerrilleros realistas que siempre habían conservado relaciones con Obando”¹⁰². De manera, que desde tempranas horas el espacio del valle del Cauca fue un escenario bélico: “Este ejército de la libertad se encontraba el 9 de diciembre concentrado en Palmira y allí fue donde Murgueitio Conde resolvió atacarlo”¹⁰³, pero finalmente el general Murgueitio Conde fue derrotado. “Sesenta infelices quedaron en el campo de batalla de la hacienda El Papayal, cerca de Palmira. El número de soldados de Obando se dobló por la defección de los bogotanos y este jefe de partido se convirtió en amo del valle del Cauca: la ruta de Popayán a la capital de la Nueva Granada quedaba abierta y todas las ciudades del valle declararon que se unían al Estado del Ecuador”¹⁰⁴.

[199]

⁹⁵ Loc. cit.

⁹⁶ Ídem., p. 152.

⁹⁷ Ídem., p. 154.

⁹⁸ BOUSSINGAULT, *Ob. Cit.*, pp. 263-287.

⁹⁹ Ídem., p. 266.

¹⁰⁰ Loc. cit.

¹⁰¹ Ídem., p. 267.

¹⁰² Loc. cit.

¹⁰³ Loc. cit.

¹⁰⁴ Ídem., p. 268.

De Cartago se tomaba la ruta del sur y se recorría la hacienda La Guabina. Se seguía, remontando el curso del río Cauca. Luego se llegaba al Altillo y posteriormente a Toro. Luego el viajero salía hacia Roldanillo. Allí se encontraba el caminante sobre la vertiente occidental de la cordillera del mismo nombre. Desde donde salía un camino que llevaba a San Agustín (Chocó), el cual era poco frecuentado. Después se pasaba por el noroeste, a la población de Cajamarca junto al río cuyas aguas desembocan en el San Juan. Se continuaba hasta el alto del Lobo. Remontando la orilla izquierda del Cauca, se llegaba a la orilla derecha, pasando la barcaza de Mona. Posteriormente, se avanzaba por el camino hacia Tuluá, a través del bello bosque de Morra. Seguidamente, se vadeaba el río Buga y se llegaba a la hacienda de Sabaletas para, inmediatamente, entrar a Buga. Luego se llegaba a El Cerrito: “Había llovido durante la noche y me fue imposible pasar el río Buga antes de las 11 de la mañana[...]. Llegué a la quebrada de Sonso[...]. A las 4 dejé el río Sonso y después de haber atravesado varios riachuelos que van al Cauca como las Guavas, las Paporrinas y el Sabaleta, llegué al caserío de El Cerrito”¹⁰⁵.

De El Cerrito se salía con dirección a Palmira, antes se pasaba el río Amaime que “sale del páramo cuya cima algunas veces se cubre de nieve, lo que implica una altura de 4.000 metros y luego atravesamos el torrente de Nima que desemboca en el Amaime”¹⁰⁶. De Palmira se salía hacia Quebradaseca, después de haber atravesado los riachuelos de Honda, de Aguas Claras y el río del Bolo. Después los viajeros se dirigían al río Palo, a Caloto. De allí se encaminaban a Quilichao. Se pasaba a la Venta del Cabuyo, a Piendamó, Cajibío y el sitio de Palacé, para finalmente alcanzar a Popayán.

Después se llegaba a Timbío, una población que estaba construida a media ladera, “sobre la izquierda del río Timbío y rodeada de encinas gigantescas”¹⁰⁷. De allí se bajaba a la quebrada de Las Piedras y luego se caminaba hasta el alto de las Cueritas y se bajaba al río Quilcacé. Desde aquí se iba a una posada en La Horqueta, “en donde el mal tiempo me obligó a pasar todo el día”¹⁰⁸. Luego se caminaba hasta la quebrada de Portachuelo, se atravesaba la quebrada de Salvaleta, para llegar al sitio de los Árboles. Luego se pasaba por la quebrada del Limoncito y se llegaba a El Bordo: “Allí no se encuentran sino algunas casas habitadas por mulatos famosos, durante la guerra de la Independencia, por las atrocidades que cometieron con las tropas de la República y por su devoción a la causa realista. Para mí, que no disimulaba mi cargo, era un vecindario peligroso”¹⁰⁹. En seguida se bajaba hacia el río Guachicono, “una de las mulas de carga que seguía de cerca, pero que no era suficientemente alta, fue arrastrada, y dio varias vueltas sobre sí misma”¹¹⁰. Luego se andaba hasta el alto de La Mojarra y se llegaba al sitio de Sombrerillo. Posteriormente, se seguía por el valle del río Mayo, para llegar al sitio de Olaya. Seguía la cresta de una chuchilla que llevaba al torrente, muy encajonado, de las Mazamorras. A continuación era necesario pasar el río Juanambú. El Juanambú se atravesaba con ayuda de tarabitas. Después, se llegaba a Meneses, ya en la tierra fría. De allí se pasaba por el Tambo del Obispo y se llegaba a la ciudad de Pasto.

4.5.4.6 El camino entre Cali y Buenaventura

De acuerdo con los relatos de los viajeros de fines del siglo XIX, el camino entre Cali y Buenaventura ofrecía menos dificultades que los otros existentes en la República. Existían por los menos tres vías,

¹⁰⁵ Ídem., p. 272.

¹⁰⁶ Ídem., p. 272.

¹⁰⁷ Ídem., p. 301.

¹⁰⁸ Ídem., p. 302.

¹⁰⁹ Ídem., p. 303.

¹¹⁰ Ídem., p. 305.

[200]

por Cali, Mulalo y por Yotoco¹¹¹. Esta última aparentemente era la más difícil. Uno de los viajeros, quien dejó en sus memorias el relato del viaje inició la travesía, el día 29 de marzo, cuando se dirigió hacia el este de Cali, atravesó la ciudad de Cali y pasó el río Cauca. Enfrentó en primer lugar el camino que iba a Yotoco, “el cual se transformó en un mar infranqueable por efecto de las avenidas del Cauca, tuve necesidad de ir saltando de cenegal en cenegal”. Después de alcanzar la orilla izquierda del Cauca, al pie mismo de la cordillera occidental, continuó flanqueando las colinas por un terreno agostado. Más adelante fue obligado a descender de nuevo hasta el nivel del río, “pues una barrera infranqueable de esquistos hacia torcer el sendero hasta la vaguada del valle”¹¹². En este lugar, tuvo la oportunidad de observar:

Uno de los aspectos más sorprendentes de la naturaleza intertropical; tal era el que ofrecía un bosque de algunos kilómetros de extensión cuyo suelo estaba enteramente sumergido en aguas negruzcas... no puede darse un aspecto más fantástico que el que producían los corpulentos troncos de los árboles de unos treinta metros de altura, negros y relucientes lucientes, reflejándose en aquel espejo al parecer de acero bruñido, entre la penumbra formada por el follaje, cuya densidad era tal que no podía romperla el sol de mediodía¹¹³.

Franqueó luego una serie de colinas agostadas, las que dieron paso de nuevo a la zona inundada, pero sólo sumergida en parte. Desde allí podía divisar el pueblo de El Cerrito, situado en la orilla opuesta del Cauca. Paso enseguida por la hacienda del Trapiche, desde donde divisó los tejados de Vijes pueblo enclavado en un estrecho valle. De allí se puso en camino hacia el alto del Potrerito. Al final de la primera cuesta situada al salir de la quebrada de San Marcos, encontró las Pavas, que era para la época “un lugar de formación reciente, con unos quinientos habitantes y situado en un valle fértil cubierto de plátanos, campos de caña dulce y grupos de bambúes anteriores al desmonte... El pueblo de las Pavas, en el cual se está levantando una iglesia, debe su prosperidad toda a la agricultura, y no sé hasta ahora que se halle indicado en ningún mapa, siendo de suponer que a los colombianos les pasaría desapercibido este hermoso rincón de tierra”¹¹⁴.

[201]

Aquí ya logró nuestro viajero comprobar la forma como se venía transformando el paisaje: “En toda la comarca se nota un cambio singular de clima, que no puede atribuirse más que a los desmontes asaz considerables que han modificado el régimen de lluvias. En esta parte de la cordillera empieza la región del Chocó, “en donde de los 12 meses del año llueve 13” según la paradójica, aunque característica, expresión de los indígenas”. Al día siguiente, continuó atravesando montañas, hasta llegar a la hacienda de Simarronas, y luego descendió por una cuesta montañosa, “de la cual no pueden dar idea alguna los peores caminos de Europa”¹¹⁵. La enorme diferencia de altura existente entre el alto de Bitaco y el lecho del Dagua la recorrió a lomo de mula, sin dar un traspies, llegando al fondo del valle, sito donde se vadeaba el río Dagua. “El río Dagua es uno de los más rápidos de Colombia, de suerte que ascendiendo su curso a unos ciento treinta kilómetros, apenas si se cuentan veinte, desde la nueva población de Córdoba al mar, accesibles a la navegación fluvial”¹¹⁶. Desde su origen, hasta Las Juntas, presentaba una diferencia de nivel de 292 m, que representa una pendiente media de 25, 84 metros por kilómetro¹¹⁷.

¹¹¹ América Pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores. Carlos Wiener, Doctor Creveaux, D. Charnay, etc., etc. Barcelona, Montaner y Simón, 1884., p. 698.

¹¹² Ídem., p. 697.

¹¹³ Loc. cit.

¹¹⁴ Loc. cit.

¹¹⁵ Ídem., p. 700.

¹¹⁶ Ídem., p. 701.

¹¹⁷ Loc. cit.

Se explica por tanto la zozobra que pasaban los viajeros que hace pocos años todavía fiaban el pellejo a unas embarcaciones muy endeblés, pues bastaba un movimiento falso o una simple inadvertencia para dar con el barco y sus tripulantes en el agua. Pero desde el año 1875 se transita por un buen camino desde Cali a Córdoba, y el resto de la distancia hasta el mar, se franquea en sólidas embarcaciones por la tabla del río, y aún antes bien poco según he oído decir, la línea férrea obviará los últimos inconvenientes¹¹⁸.

De aquí partió hacia Las Juntas, “Por fin recorría un camino digno de tal nombre, desde que llegué a Colombia. Desde el primer momento se advertía que un concienzudo estudio del perfil debía haber presidido la construcción de esta vía, segura, de tres metros de anchura, llana y conservada con bastante esmero”¹¹⁹.

Dicho camino se prolongaba paralelamente a la orilla izquierda del Dagua, “cuyas aguas torrentosas corren a una profundidad que varía entre cien y doscientos metros de la calzada. Al pie de las vertiginosas vertientes de los cerros de la orilla derecha, las alborotadas ondas se estrellan cien y mil veces contra los cantos rodados”¹²⁰.

Llegó a Las Juntas, que era un grupo de cabañas situado en la confluencia del río Pepita con el Dagua, poblado por negritudes, entre quienes se reclutaban antes los intrépidos barqueros que descendían el Dagua haciendo posible la travesía desde Las Juntas a Buenaventura¹²¹.

Después de recorrer las cercanías de Las Juntas, decidió tomar de nuevo el camino de Cali. Antes de partir tomó datos sobre el pequeño puerto de Buenaventura, “situado en una excelente bahía del Pacífico, en el cual tocan una vez al mes los vapores de una compañía inglesa que hace servicio entre El Callao y Panamá... Si se acaba con la rapidez apetecida el ferrocarril del Cauca, Buenaventura, con su puerto de primer orden, situado a la mitad de la ruta entre Panamá y Guayaquil... tiene reservado un brillante porvenir comercial”¹²². Al salir de Las Juntas partía del camino un nuevo ramal que bajaba hasta Córdoba y atravesaba el río por medio de un puente estribado en unas rocas naturales¹²³. Desde aquí y tras unas horas de galope, llegó a la hacienda del Dagua. Partió en dirección del este y llegó a los Hornos, “cuyo nombre le cuadra muy bien por estar situado en una andanada cuya atmósfera es ciertamente abrasadora”¹²⁴. A partir de allí las montañas iban siendo cada vez más altas, sin embargo, continuó subiendo rápidamente, hasta llegar a la aldea de Papagayero, que contaba con unas treinta chozas y estaba situada sobre “una planicie rodeada de un anfiteatro de montañas, cuyas cumbres pobladas de bosque contrastan con los pastos de las cercanías”¹²⁵. Partió al día siguiente y pasó por las haciendas de los Plantales y luego Tocatá. “Allí dominan las lomas y asoman los arbustos, contrastando con los bosques espesos que coronan todas las cumbres que nos rodean”¹²⁶. Atravesó, por séptima y última vez, la poderosa corriente del Dagua que allí era ‘un pobre arroyo’. Continuó subiendo hasta llegar al de San Antonio, por cuyo desfiladero franqueó la cordillera Occidental para bajar de nuevo al valle del Cauca, a Cali: “Cali es la llave del valle del Cauca, teniendo más títulos que Popayán para ser residencia del gobierno: ya

¹¹⁸ Loc. cit.

¹¹⁹ Ídem., p. 702.

¹²⁰ Loc. cit.

¹²¹ Loc. cit.

¹²² Ídem., p. 704.

¹²³ Loc. cit.

¹²⁴ Loc. cit.

¹²⁵ Ídem., p. 705.

¹²⁶ Loc. cit.

[202]

fue durante mucho tiempo capital de provincia. Sus relaciones con el extranjero por Buenaventura, con el gobierno federal por el camino del Quindío y con el bajo Cauca por Cartago son de todo en todo más fáciles que las de Popayán”¹²⁷.

Mollien, fue un viajero del siglo XIX que realizó la ruta entre el Dagua y Buenaventura. En su relato da cuenta que para la época la gente se embarcaba en el sitio Las Juntas y entraba de lleno en el vértigo del río: “Se soltó la amarra que nos retenía a la orilla, y en el acto nos arrastró la corriente con la velocidad de una flecha y nos llevó ante un verdadero muro de rocas que las aguas franqueaban con un ruido espantoso.”¹²⁸ Luego de superar pasos como el anterior, se descendía desde las altas montañas de Las Juntas al nivel de la llanura que bañaba el gran océano: “cuando creía que el Dagua había llegado a su nivel, me di cuenta de que sus aguas agitadas corrían algunos pies debajo del lugar donde nos hallábamos”¹²⁹.

Piloto experto, el negro que empuñaba la pértiga evitaba con gran destreza la corriente demasiado rápida; atrevido, se aventuraba por entre las revueltas que formaban las rocas y sin miedo a estrellar la piragua, la hacía deslizarse por esos pasos angostos; pero a veces una piedra nos detenía en la bajada, y el agua que borbotaba contra ese nuevo obstáculo amenazaba sumergirnos; eran los momentos críticos. Entonces los dos hombres se arrojaban al agua y, aligerando de ese modo la piragua, la retenían con fuerza, impidiendo así que se precipitase en el remolino en que iba a abismarse¹³⁰.

De Las Juntas los viajeros llegaban a un sitio que llamaban El Salto; “el raudal es aquí tan fuerte que las piraguas se pasan por tierra y se trasborda en la bodega (almacén o depósito público), donde el gobierno tiene un agente para ejercer la policía en el río”¹³¹. De El Salto se continuaba navegando hasta El Saltico: “Después del Saltico, el Dagua tiene un curso más sosegado, sus aguas ya no se precipitan en forma de torrente impetuoso; no es más que un río de corriente muy rápida pero que sigue siendo muy peligroso”¹³². A continuación los viajeros se detenían en Santa Cruz, una “aldehuela donde pasamos la noche”¹³³. A partir de aquí el río se ensanchaba haciendo agradable la navegación:

“Al aproximarse a su desembocadura es cuando alcanza su nivel[...]. Sus aguas turbias y profundas están bordeadas por orillas bajas y fangosas, permanentemente inundadas y en las que crecen árboles imponentes [...]. Las aguas del mar y del río se unen sin que la vista se percate, pues no hay barrera alguna que las detenga y el navegante no se da cuenta de que está en él sino sólo por el sabor salado de las aguas. Por fin, sin peligro, pero no sin trabajo, llegamos a ese puerto de Buenaventura”¹³⁴.

De acuerdo, con el anterior relato de viaje, los caminos que iban hacia Buenaventura eran los mejores de la República. En ellos no se perciben las enormes dificultades que se vivían en las otras rutas del país. Esto a pesar, de que era una región que apenas comenzaba a vincularse al desarrollo económico y social, una zona de colonización y de apertura que habría de ser una de las rutas más importantes para el comercio exterior del país.

¹²⁷ Ídem., p. 706.

¹²⁸ MOLLIEEN Gaspar, “Por el Dagua hacia el Chocó”, en *Viajeros extranjeros en Colombia*, siglo XIX. Cali, Carvajal &, 1970, p. 33.

¹²⁹ Ídem., p. 34.

¹³⁰ Ídem., p. 34.

¹³¹ Loc. cit.

¹³² Ídem., p. 36.

¹³³ Loc. cit.

¹³⁴ Ídem., pp. 36-37.

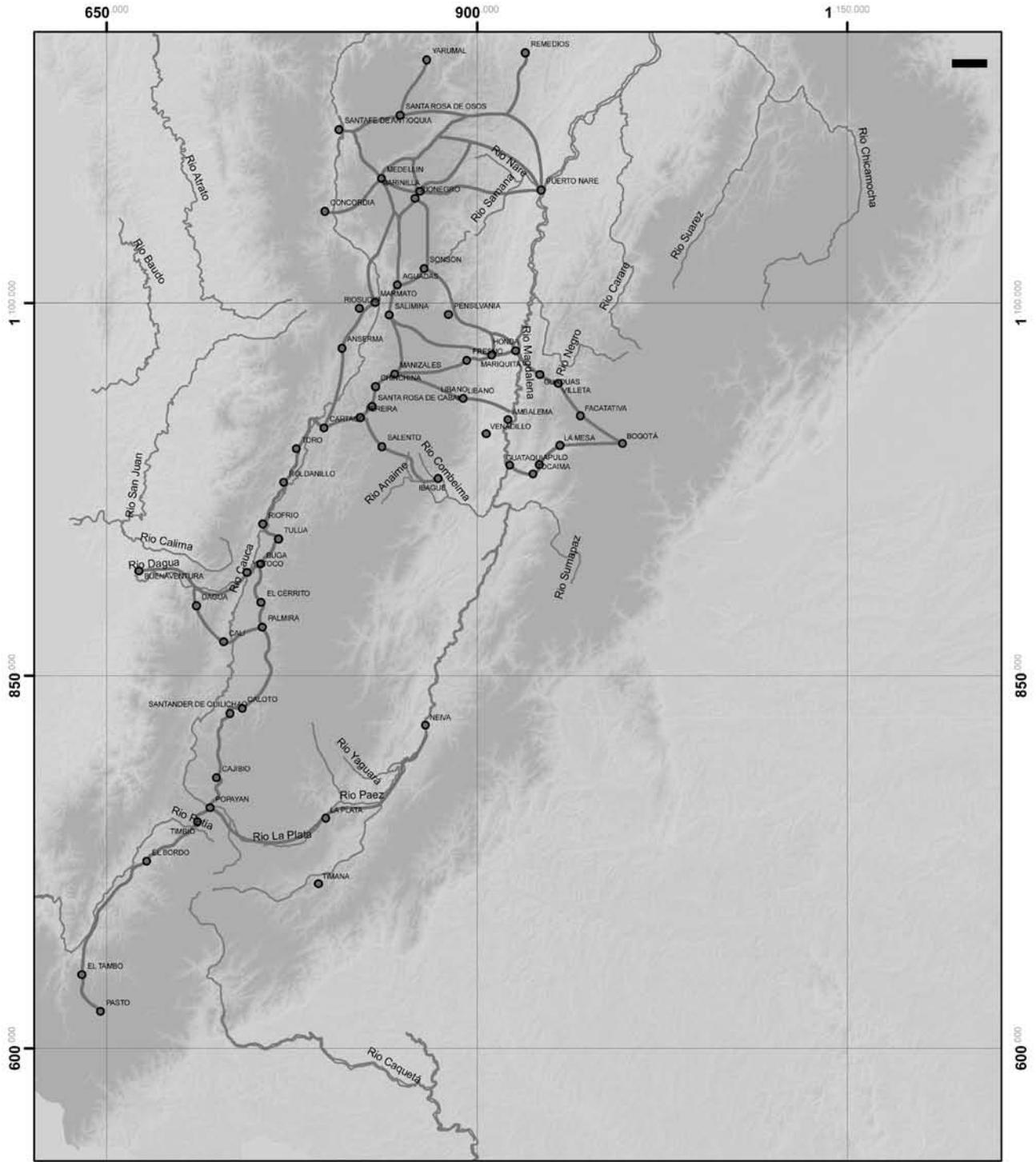
CONCLUSIONES

En consecuencia, los actores de la guerra circulaban por los caminos del valle y cañón del Cauca y de sus regiones aledañas, sorteando innumerables dificultades debido a la conformación fisiogeográfica de los entornos naturales, el clima y la fauna. En especial, se movilizaban a lo largo del valle del Cauca, concentrándose en el actual norte del Valle y el Antiguo Caldas, que para la época constituía el denominado departamento del sur, perteneciente al Estado de Antioquia. También se desplazaban a lo largo del valle del Magdalena y el dominio del río constituía uno de los objetivos militares buscados por parte de quienes entraban en combate. Por otro lado, utilizaban los caminos que unían a Cali con Buenaventura, Popayán con Cartago, Manizales y Medellín, etc. Iban y venían por los pasos que permiten cruzar las cordilleras Occidental y Central, las montañas que comunican al Cauca, Tolima y Antioquia. Utilizaban en especial las rutas que corrían paralelas y transversales al valle y el cañón del Cauca.

La cartografía de la época muestra cómo en el valle y el cañón del Cauca, los actores armados contaban con la mejor red de caminos que existía en la República. En su conjunto estos caminos formaban un eje vial con centros en las principales ciudades de la región. Eje vial que abarcaba los cuatro puntos cardinales, por lo cual la orientación y el desplazamiento y el uso del espacio por parte de quienes hacían la guerra estaban garantizados. Hacia el norte del espacio geohistórico de la guerra se encontraba el camino entre Manizales y Medellín, hacia el sur el que iba de Manizales a Pasto y que llegaba incluso hasta Quito. Hacia el occidente se encontraban las rutas que desembocaban en Buenaventura, la del Dagua, Mulaló y Cali. Por el oriente estaban los importantes caminos del Quindío, Guanacas y el de Nare. Además el río Cauca permitía su navegabilidad casi a todo lo largo del teatro de la guerra. El río Magdalena era navegable en el área de influencia de los actores armados y permitió, incluso, llevar el alzamiento armado de 1885 hasta la costa Atlántica. A pesar de las dificultades que presentaban algunos trayectos, entre Popayán y Manizales, Buenaventura y Cali, se contaba con facilidades para el desplazamiento de los actores que participaban en las contiendas armadas. Por esto, vemos constantemente a las fuerzas armadas del Cauca y Antioquia desplegándose a lo largo y ancho del valle y cañón del Cauca. Además de poder establecer el dominio a lo largo de la cinta territorial que iba de Popayán a Manizales, quienes se movían en el valle y cañón del Cauca podían desplegar sus dominios en los caminos aledaños del Quindío, Guanacas, Buenaventura-Cali, Manizales-Salamina y Manizales-Líbano. En consecuencia, podían establecer dominios armados de control de los principales caminos y rutas, e incluso de los valles fluviales del Cauca y el Magdalena.

[204]

MAPA 1. Caminos principales



650

Leyenda

- Cabeceras
- caminos
- rios

Alturas

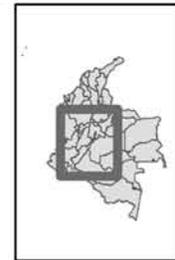
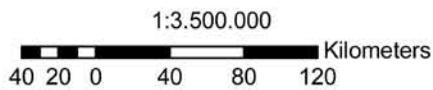
Value

High : 5388

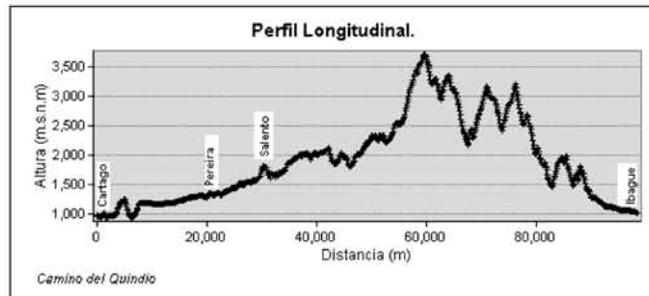
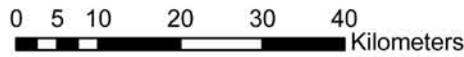
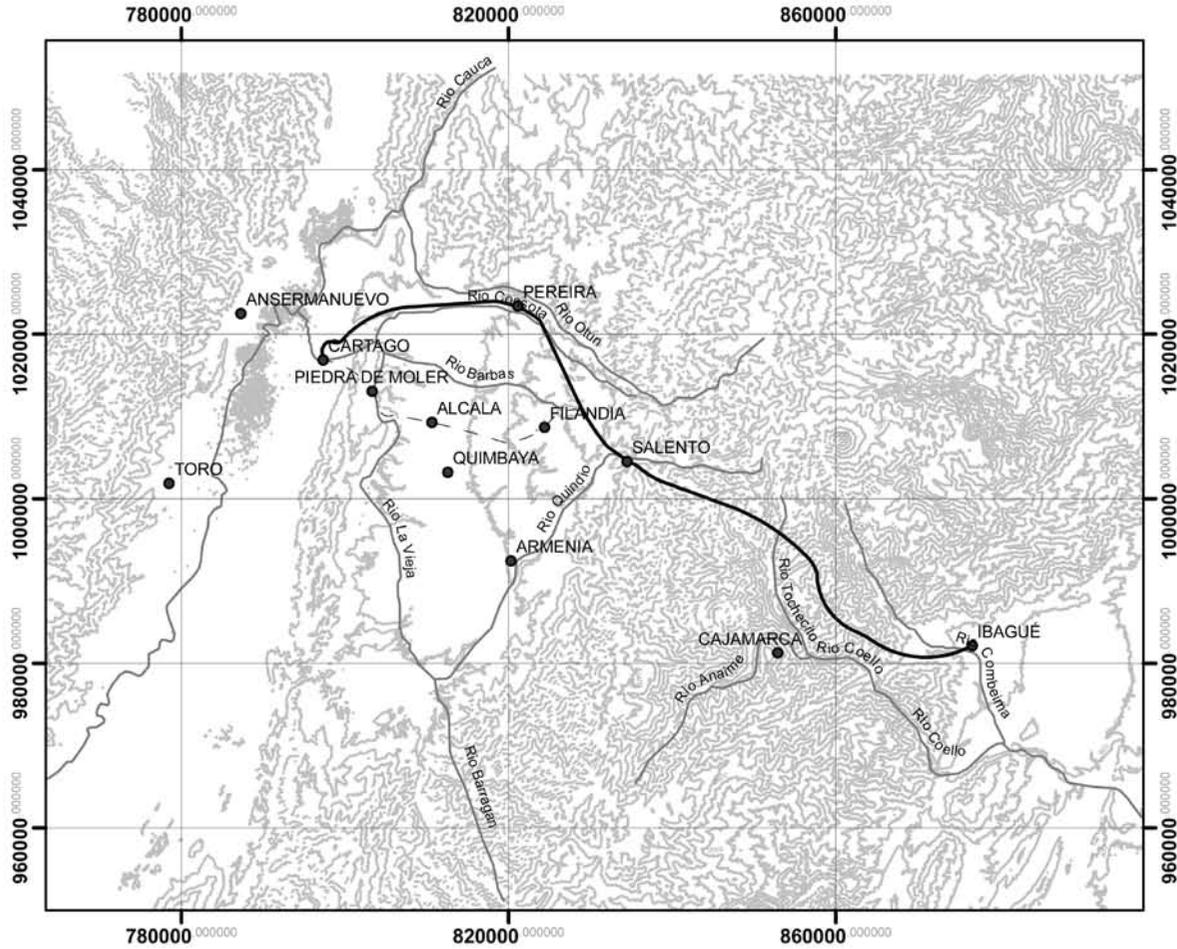
Low : -32767

MAPA 8 **900** **1150**

	UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DEPARTAMENTO DE HISTORIA
	Caminos principales
Dirección: Fabio Zambrano Investigación: Miguel Borja Cartografía: Sonia Borja	
Proyección Cartográfica: Transversa Mercator Sistema de Coordenadas Geográficas: GCS_WGS_1984	



MAPA 2. Camino del Quindio



MAPA 9

	FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DEPARTAMENTO DE HISTORIA
	Camino del Quindio
Director: Fabio Zambrano. Investigador: Miguel Borja Cartografía: Miguel Borja, Sonia Borja.	
Proyección cartográfica: Transversa Mercator.	
Sistema de Coordenadas Geográficas: GCS_International_1924	

Legenda	
●	Cabeceras
—	Camino
- - -	Trocha
—	Rios principales